

«ETA también le robó poder conocer a su nieto Santi»

Amaia Guridi y Jon Oleaga
Viuda e hijo de Santiago Oleaga

El Ayuntamiento donostiarra homenajea hoy a Santiago Oleaga, director financiero de DV asesinado por ETA en 2001. Su viuda Amaia y su hijo Jon evocan su memoria en esta entrevista que se incluye en el suplemento que se entrega mañana por el 90 aniversario de este periódico



ARANTZA
GONZÁLEZ
EGANA

En la familia Oleaga Guridi el tiempo se detuvo el 24 de mayo de 2001 cuando ETA asesinó a tiros a Santi Oleaga Elejabarrieta, director financiero de El Diario Vasco. 22 años después, hace algo más de nueve meses, la vida se hizo un hueco en medio del dolor, la irremediable ausencia y los recuerdos imborrables. El pasado 3 de febrero nació el primer nieto de Santi Oleaga y Amaia Guridi, hijo de Jon y Andrea. Su nombre no podía ser otro que el de su abuelo: «Pensamos: 'Vamos a poner otro Santiago Oleaga bueno en el mundo, ya que el otro desapareció lamentablemente mucho antes de lo debido'». Las palabras de Jon Oleaga, visiblemente emocionado cuando habla de su padre, son parte de una conversación con su ama, Amaia Guridi, la primera que mantienen ambos públicamente. A propuesta de este periódico, madre e hijo acuden a la cita en Madrid, la ciudad en la que vive y trabaja Jon desde hace ya bastantes años. No llegan solos, traen al pequeño Santi Oleaga y el encuentro regala momentos de ternura nada habitual en este tipo de entrevistas.

En sus rostros se aprecia de inmediato que el bebé ha llegado como un torrente de vida. «Es una revolución, una inmensa alegría y todo un soplo de vida, de aire fresco, de esperanza...», expresa la amama. «Obviamente, un niño te cambia la vida. Santi, además, es el único nieto y creo que por eso ha sido más impactante para mi madre», comparte Jon.

Ambos saben lo que habría dado el abuelo Santi por conocerlo. «Hubiese disfrutado mucho. Pero ETA no se lo permitió. Me da mucha pena que no le haya cono-

cido y no haya tenido la oportunidad de disfrutar de su nieto como lo estoy haciendo yo. Tan injustamente, claro», evoca la viuda de Santi, que se pregunta «¿por qué le han tenido que quitar el disfrute de su nieto y tantos disfrutes que se ha perdido? Porque no solo es el nieto, son muchas cosas». Jon recuerda a su madre que siempre les contaba «que el aita quería jubilarse para llevar a sus nietos al colegio todos los días». Con los ojos llenos de lágrimas, Amaia rememora la escena: «Eso me decía: 'Cuando me jubile yo me encargo de los nietos. Me encargaré yo y les llevaré al colegio yo'. Así lo decía... Pues... no ha podido llevar a nadie al cole...».

En la charla relatan cómo surgió la idea de ponerle Santi al niño. Realmente la promotora fue Andrea a raíz de la primera entrevista a Jon Oleaga publicada en este periódico en mayo de 2020. «Andrea y yo llevamos juntos nueve años y, claro, ella no ha vivido la muerte del aita, ni sabe por lo que pasamos. Pero leyó la entrevista en El Diario Vasco y se quedó muy impactada. A partir de ahí decidimos: 'Si tenemos un hijo algún día, queremos que se llame Santi'. Le pregunté a mi madre si le parecía bien y así ha sido».

—Ya se habrán acostumbrado, pero al principio llamarle Santi al pequeño tiene que impactar...

—Amaia Guridi: Al principio fue como un shock, yo me quedé impactada, pero al mismo tiempo era una sensación muy agradable, porque ponerle ese nombre es mantener vivo el recuerdo a su abuelo Santi. (Se emociona). Es algo muy bonito, pero el impacto fue grande para mí. Fue una sorpresa inmensa porque en ningún momento pensé que podía llamar-

se Santi. Cuando me lo dijo, me dejó como en shock. Luego ya lo vas asimilando y es muy emocionante.

Ninguno de los dos ha pensado todavía cómo le contarán lo que le ocurrió a su abuelo. «Cuando tenga uso de razón y nos entienda, se lo contaremos, claro. Porque tiene su nombre y tiene que saber de dónde viene», interviene Jon que, según confiesa, tampoco han pensado los detalles de ese relato. «Falta mucho, mucho tiempo». Amaia tiene claro que lo harán con «mucha naturalidad para que lo entienda bien. Porque tiene que saber la verdad». Coinciden en que «no se tiene que olvidar porque esto es historia. Lo que ha pasado es historia de este país. Y si se estudian otras cosas de historia, esta también se tiene que estudiar. Siempre se dice que el que no conoce su historia está condenado a repetirla, ¿no?».

Siete tiros por la espalda

El relato del que hablan arranca aquella mañana del 24 de mayo de 2001. Hacía un mes que Santi acudía a la Fundación Matia de San Sebastián para realizar ejercicios de rehabilitación por una lesión en el hombro provocada por su afición a la pala. ETA lo sabía y con total impunidad le esperó en la zona de aparcamiento. El etarra Luis Carrasco Aseginolaza aguardó a que Santi se bajara del coche y le acribilló hasta la muerte. Le descerrajó siete tiros por la

espalda, mientras otro miembro de la banda terrorista, Ibon Etxezarreta Etxaniz, se escondía en los alrededores del centro socio-sanitario para emprender la huida.

A lo largo de los 23 años sin Santi, a su viuda y a sus hijos no les ha quedado más remedio que aprender a vivir sin su marido y aita, y a reinventarse después de un golpe «tan duro y tan cruel». «Lo más difícil es empezar otra vez a respirar y a vivir. Es algo terrible. Las sensaciones y los recuerdos que tengo de un principio son tremendos. No sabía ni para dónde tirar. No sabía qué hacer con mi vida. Porque el hundimiento es de tal calibre que te quedas... paralizado. Me decía a mí misma: '¿Y yo ahora qué hago?'. Luego piensas que tienes dos hijos y que no puedes estar todo el día quejándote. Porque era mi marido, pero era su padre. Y tienes que estar ahí, muchas veces haciendo de tripas corazón y tirando adelante con lo que puedes. Pero los principios son durísimos. La vida te cambia... Tienes que volver a empezar, pero en todo, en todo. Casi te daría hasta respirar... En todo...».

Jon estaba estudiando Empresariales y en aquellos días preparaba sus exámenes. Todavía no sabe de dónde sacó fuerzas para no tirar la toalla. Tenía claro que «el aita no hubiera querido que dejara de ir a los exámenes, para él era muy importante la carrera. Siempre fue muy insistente con los estudios. Pensé que si dejaba de hacer exámenes o me veía obligado a repetir curso le hubiera ofendido muchísimo». Lo que sí tuvo claro desde el principio fue que lo mejor era poner tierra de por medio. Se fue dos veranos de prácticas a Canadá y

VIDEO

Escanee el código QR para ver el video íntegro en Diarivascos.com



DEL TÚNEL AL PUENTE. Se han cumplido trece años del cese definitivo de ETA, cuando Gipuzkoa salió por fin del largo túnel del terrorismo. El país ha comenzado a construir los puentes tras años de discordia. La tensión identitaria se ha amortiguado pero la reconciliación a largo plazo aún depende de que la izquierda independentista, reciclada al posibilismo, haga una autocrítica de lo que fue ETA. La apuesta ética es pasar la página del pasado habiéndola leído primero. El futuro no está escrito pero por primera vez Euskadi lo afronta sin el trágico fantasma de las guerras civiles que le persigue desde la primera contienda carlista en 1833.

ILUSTRACION
TEXTOS
ALBERTO SURIO

@fundacionfernandobuesa.com



P

or primera vez, Gipuzkoa afronta el futuro de sus generaciones sin el fantasma de las guerras civiles que le asola desde que en 1833 estallara la primera carlistada con el conflicto dinástico como telón de fondo. ETA fue, en gran medida, la última herencia de la intransigencia política, el último vestigio del integrismo que fue en su día fuerte entre nosotros. Hace 13 años finalizó el terrorismo, tras un proceso de implosión interna en la que, además de la presión policial y judicial, fueron determinantes su agotamiento social y el cansancio de su propio mundo.

Fueron años tremendos con un balance de 853 asesinados por ETA. La intimidación se adueñó del país, golpeó a los empresarios, se cebó con policías, militares y ertzainas, acosó a los periodistas y profesores de universidad, hostigó a los cargos públicos, en especial del PSE y del PP. Y, sobre todo, generó un gran sufrimiento inútil, que no lograría ninguna de sus reivindicaciones históricas. ETA quiso imponer un proyecto totalitario que negaba la pluralidad de la sociedad vasca y tenía la cobertura política de la izquierda abertzale que había salido de la dictadura de Franco con un discurso de ruptura radical. La violencia lo impregnó todo. Al principio fueron solo los 'objetivos' de las fuerzas de seguridad

y de las Fuerzas Armadas. Luego el abanico de potenciales dianas se amplió de manera perversa. Contaminó algunos movimientos sociales, deslegitimó la figura del empresariado vasco, al que amenazó y persiguió con saña. Intentó socavar la libertad de expresión y atentó contra los representantes de los partidos no nacionalistas. Dividió a familias y a cuadrillas de amigos. Fue un disolvente de todos los valores.

El fin de ETA transformó el panorama. La sociedad guipuzcoana, y la vasca, han cambiado. El deseado fin de las armas ha 'liberado' el debate de las ataduras de la muerte y la intimidación y se han comenzado a construir puentes en la sociedad. Lentamente porque, a pesar de la apuesta por la política democrática, el mundo de la izquierda independentista se resiste a hacer una profunda autocritica de lo que fue el terrorismo de ETA. Mientras no se culmine esa tarea, la reconciliación necesaria seguirá coja. Mucha gente aún no ha culminado su duelo.

El contexto se ha alterado drásticamente. Ni la política ni el nacionalismo se viven con la intensidad ni el compromiso de hace unos años. La mayoría de la sociedad es política y sociológicamente nacionalista pero a la vez las encuestas de apoyo a la independencia muestran un respaldo bajo mínimos. La conclusión de esa paradoja es que la política y la identidad han entrado en un ámbito de la privacidad. Los dogmas de antaño se han sometido a la licuadora del relativismo. La sociedad es más compleja, vive la diversidad de identidades con menores prejuicios que en el pasado, con un peso menor de la influencia de la Iglesia Católica que ha ejercido siempre un notable peso a través de los colegios religiosos privados. Muchos de ellos abiertos en Gipuzkoa a comienzos del siglo XX, cuando las órdenes religiosas francesas fueron excluidas de la enseñanza en virtud de las leyes laicas de la III República Francesa y se afincaron en San Sebastián y en las principales localidades guipuzcoanas. De Francia venían la Ilustración y las ideas de las Luces, y también los frailes en las aulas. El proceso de secularización ha sido imparable y ha cambiado por completo el paisaje.

ADN VASCO

La mutación del ADN vasco es de una elocuencia apabullante. Es como si el invierno demográfico que afecta a Europa –y que dibuja a la vasca como una sociedad de las más envejecidas del continente– hubiera forzado por fin a pasar la página de la eterna adolescencia reivindicativa y disconforme. La 'rebeldía' vasca se convirtió en un fenómeno de 'moda trending'. La salida del franquismo, que no fue fruto de una ruptura sino de una reforma pactada, fue expresión de distintas tensiones sociales y políticas acumuladas durante años en los que la 'prosperidad' del país y el carácter emprendedor de sus élites iban parejas a la miseria moral de una violencia de persecución política e ideológica. La ola posibilista lo invade



853 asesinados por ETA. El terrorismo amedrentó, rompió familias y cuadrillas e intentó imponer un proyecto totalitario negador del pluralismo

todo entre otros motivos porque la misma sociedad se ha hecho eminentemente pragmática. Lo que pesa es el precio del euribor, la subida o bajada de las hipotecas, el imparable aumento de los alquileres o las insostenibles esperas, por falta de médicos, en los servicios de Urgencias de Osakidetza. Lo que inquieta es la percepción de falta de seguridad en algunos barrios.

Es la época del surf, el deporte de moda en las playas vascas desde comienzos de los años 80 del siglo pasado. El surf, también, en la política. Cuarenta años después de la puesta en marcha de la vía estatutaria, es la hora también de un balance retrospectivo y una mirada hacia el futuro. El nacionalismo institucional fue, con el concurso del PSE, artífice del edificio de la autonomía y ha logrado, también gracias al Concerto Económico, un modelo de país puntero en la España autonómica, con un nivel de desarrollo económico y protección social similar al de los países nórdicos.

Desaparecido el terrorismo, la normalización de la convivencia ha avanzado de forma considerable, pero la herida del país sigue abierta y supurando y aún costará que llegue una nueva generación para zanjar el dolor. Eso sí, corremos el enorme riesgo de pasar la página antes de leerla en voz alta. O sea, sin mirarnos por dentro y descubrir el fondo de anomalía moral que no ha terminado de cicatrizar.

Por lo demás, sea fruto o no de esa banalización del terrorismo y sus secuelas que se ha esparcido entre las rendijas de nuestro modelo

de convivencia, el país y el territorio han despegado hacia el futuro con una extraordinaria fuerza. El problema de la vivienda, la gestión del servicio de salud y el estructural coste de la vida se han convertido en los problemas más relevantes de los vascos y de las vascas y relegan otras cuestiones como la ideología o la identidad. Para unos, los más optimistas, como el escritor Bernardo Atxaga, la sociedad vasca ha logrado elevarse del suelo unos centímetros del alivio que sienten al haber desaparecido el factor ETA, una sombra siniestra que condicionaba la vida en múltiples aspectos y que envenenaba las relaciones sociales. No fue hace tantos años cuando toda una generación lanzaba los jerseys al aire cantando una canción que hacía alusión al asesinato del almirante Luis Carrero Blanco, vicepresidente del Gobierno con el dictador, en 1973. O cuando la canción 'Sarri sarri' era bailada frenéticamente en muchas verbenas y fiestas de localidades vascas por parte de muchos jóvenes, en recuerdo de la fuga de Joseba Sarrionandia de la cárcel de Martutene.

En el pasado, el libro 'El laberinto vasco' de Julio Caro Baroja ilustraba la complejidad del país para entender sus frentes cruzados. Una coctelera en la que se mezclaba el integrismo antiespañol, los viejos tabúes del nacionalismo, la guerra sucia de Estado contra ETA, el miedo de la mayoría, la inhibición de una parte muy importante y la cobertura de una minoría no marginal completaban el lienzo.

El país despega con sus contradicciones a la espalda. La inmigración y el turismo han cambiado la fisonomía de nuestras ciudades. Los migrantes forman parte de la geografía urbana. La presencia en la hostelería o en el servicio de atención a la dependencia o a los mayores es muy elevada. Las mujeres latinas son las nue-

vas asistentas que a comienzos del siglo XX eran 'las chicas de la provincia' en la Belle Époque. Ha cambiado el color de su piel y su acento pero no su función social en el sistema de clases. De ser un taller industrial el territorio ha pasado a ser un souvenir, un parque temático de monte y playa o un restaurante con las mejores exquisiteces para las élites anglosajonas que disfrutaban del lujo y del turismo en pantalones cortos y con las tarjetas VISA a pleno rendimiento.

NO HAY 'ENEMIGO'

De la imposición por parte de ETA de 'un proyecto político totalitario', negador de la pluralidad, al conjunto de la sociedad vasca, hemos pasado a lo que el antropólogo zumaierra Joseba Zulaika diagnosticaba en el año 2000 en su libro '¿Enemigo? No hay enemigo'. El militarismo ha ido lentamente dando pasos en su deshielo aunque ha costado demasiado tiempo que su órbita civil se resquebrajase. El resultado nos muestra un país aún muy paradójico. Las tesis socialdemócratas se han convertido en el discurso políticamente correcto. Hace unos años, declararse 'socialdemócrata' era firmar la sentencia de muerte en un pelotón de ejecución de la Inquisición de la izquierda pura. Hoy vemos un país desmovilizado, con una desafección hacia la política que bate récord, con los políticos convertidos en los chivos expiatorios y los partidos percibidos como la fuente de casi todos los problemas. Con muchos jóvenes que, con salarios muy justos o precarios, no pueden independizarse ni emprender un modo de vida libre e independientemente porque tienen serias limitaciones para adquirir o alquilar una vivienda. Con otros que han decidido emigrar, proyectando una pernicioso fuga de talentos que vacía los centros turísticos de las ciudades y los convierte en crecientes balnearios de la tercera edad, con tiendas orientales y franquicias por doquier, en una 'globalización' que desgasta de forma alarmante nuestra identidad urbana. Mientras, la tercera edad se empeña en realizar contra viento y marea el Camino de Santiago pese a que las lesiones de los peregrinos pueden resultar disuasorios. El espíritu de aventura de los vascos es un producto de enorme aceptación social. Por algo será.

Los seminarios se han vaciado y los gimnasios están repletos. Son los nuevos lugares de socialización. El potoe tradicional ha entrado en cierto declive aunque el aperitivo y el tardeo están fuertes y las aplicaciones para ligar están a la orden del día. En esto nos parecemos al resto del entorno occidental. El país se ha transformado de forma muy visible. El uso del euskera ha avanzado de una forma notable, sobre todo entre las nuevas generaciones, a pesar de que los expertos en la normalización lingüística hablan de retroceso social.

La otra gran revolución ha sido la de la mujer. Pese al drama de la violencia de género y de que el machismo vuelva a crecer entre las

nuevas generaciones como 'reacción' a las conquistas igualitarias de los últimos tiempos, las mujeres se han empoderado y va a ser muy difícil una vuelta atrás. Entre los jóvenes, las ideas rebeldes de antaño conviven ahora con un extremismo ultra en lo ideológico, que muestran el avance de la derecha populista de muchos adolescentes desesperados por la falta de expectativas y de los más mayores atemorizados por un incierto porvenir.

El temporal del populismo extremista empieza a golpear con dureza en las costas del sistema. Y Euskadi no es una isla al margen de ese peligro. Si históricamente el ultranacionalismo se convirtió en Euskadi en un espacio espeso de intolerancia, la amenaza ahora que viene del Este y del Norte de Europa se ha transformado en una ola de insolidaridad que corroe el alma continental. Se resquebraja un cuadro sólido de valores compartidos ahora que la cultura del esfuerzo y la disciplina de nuestros mayores han perdido el fuelle. Antes se ponía al trabajo en el centro, lo que suponía vivir para trabajar, y no al revés. Habrá quienes piensen que el hedonismo ha ganado esta batalla, pero puede que simplemente se trate de un peldaño más en la lucha por la felicidad que los hombres y mujeres libran desde siempre.

A veces es bastante difícil percatarse de todo ello por la trepidante velocidad de las cosas. Todo va muy deprisa, sin tiempo para apreciar la sencillez deliciosa del 'slow life'. Es el declive de la democracia liberal, incluso en el convulso tablero político vasco en donde el final de ETA permite abrigar una nueva etapa de esperanza y de progreso, de libertad y de respeto al 'diferente'. El tiempo de las certezas es un tren que ya ha pasado pero el instinto de supervivencia es un acicate que nos mantiene despiertos ●

A la vuelta de la esquina se agazapan los vientos del extremismo que amenazan la democracia liberal. Euskadi no es un oasis libre de las ideologías tóxicas

